Las casas de hace un siglo, retratadas en algunos de estos cuadros, subsistían con la labor de las mujeres adentro de ellas la mayoría del tiempo. Género suspendido en una labor constante y fundamental durante varios años. Dentro de la casa y fuera del mundo, mundo entregado a los varones que ellas vistieron con ropas limpias y planchadas, alimentaron con sabores y aromas en mesas bien puestas sobre pisos lustrados y ventanas claras, maniobrando con el frío y con el calor, con la humedad, con la enfermedad y la cura, entregándose por entero a los requerimientos insaciables de los días, de la crianza, trabajando a la par con el tiempo, el pulso , la secuencia interminable de un día tras otro, ocupando cada segundo en sostener vidas y escenarios. Factor que hace difícil la vida hoy en estas casonas antiguas pues piden el mismo trabajo de antes, que hacían varias mujeres adentro.

Y el hombre solucionando afuera el complejo mundo sin mujer. Se dejara servir y atender y dejará en el lomo de su mujer la tonelada que pesa cada día y lo retribuirá siendo un engranaje en el mundo importante, el de afuera, el que ella aun no entiende ni sabe usar. Ese mundo que ellos pueden mirar desde los cristales que ella limpiará de vez en cuando, sin tomar en cuenta el paisaje de afuera, hasta dejar un día de fijarse en la mugre del cristal y posar los ojos en la vereda, en la calle, afuera. En el mundo.

Así querrá pronto votar en las urnas, tener profesión, y ser un engranaje de la máquina, con muchos conflictos al principio para ir aminorándolos en una lucha que aún persiste, por haber sido tanto tiempo amante y responsable única de la tonelada de los días.

Existe aún una mujer adentro, que no se mira siempre. Existe hoy una mujer afuera también. La ventana permite que ambas se miren y sepan que las opciones hoy son varias y todas válidas